

Un aporte desde la Teología para un sentido de la Historia

A contribution from Theology to a sense of history

Fabián Rodríguez Medina

Universidad Católica del Maule

Talca, Chile

filrodriguez88@gmail.com

Resumen

En el presente artículo nos centraremos en la categoría de *historia*, y desde ella intentaremos contestar a la problemática de si la historia-ciencia es quien brinda sentido a la teología o si es la teología la que otorga sentido a la historia. Para nuestro propósito, recogeremos algunos aportes del filósofo Maurice Blondel en su obra *Historia y Dogma* (1904). La historia y la teología son dos saberes con un distinto objeto de estudio: la historia, por su parte, estudia los hechos o fenómenos que han trascendido en la vida humana y, por otra, la teología es un hablar reflexivamente sobre Dios. Sin embargo, conviene señalar que historia y teología tienen en común ser ambas ciencias interpretativas, es decir, son ciencias o saberes que, como no pueden aplicar el método hipotético-deductivo de las ciencias naturales, deben comprender su realidad de estudio a través de la interpretación que ejecutan como aproximación a tales realidades.

Palabras clave: teología, historia, historicismo, sentido

Abstract

In this article, we will focus on *history* as a category and take it as the starting point in our attempt to answer the question about whether it is history-science what gives meaning to theology or it is theology what gives meaning to history. For this purpose, we will draw upon some contributions made by the philosopher Maurice Blondel in his work *History and Dogma* (1904). History and theology are knowledges with different objects of study: history studies the facts or phenomena of significance for human life, and theology is a reflective discourse about God. However, it should be noted from the outset that both history and theology are interpretative sciences, that is, they both are sciences or knowledges that, not being able to apply the hypothetical-deductive method of natural sciences, must understand the realities they study through the interpretation they perform as an approach to such realities.

Keywords: theology, history, historicism, sense

Recibido: 20.11.2016.

Aceptado: 20.04.2017.

Importancia de la historia para la teología

En la teología cristiana la historia – en tanto acontecimiento o fenómeno histórico – resulta fundamental, puesto que Dios se ha revelado en la historia, es decir, Dios se ha dado a conocer al ser humano en y a través de ella. Se reveló primeramente – siguiendo las Escrituras – al antiguo pueblo de Israel. Dios se reveló en la historia, por lo que “para Israel había historia tan sólo en la medida en que Dios caminaba con ellos” (Von Rad, 1960:120). Gustavo Gutiérrez dice que Dios se reveló en la historia del pueblo que creyó y esperó en él (Gutiérrez, 1982:16).

Que Dios se revele en la historia quiere decir que él participa en los acontecimientos, del mismo modo como participó en Cristo siendo el protagonista; en lo que algunos han denominado el “acontecimiento Cristo”. En relación a esto señala Welte que “para el creyente, Jesucristo es el revelador definitivo de Dios” (Welte, 1984: 82).

Otra importancia que conviene destacar de la historia es el hecho de que en ella tiene lugar la salvación de parte de Dios para la humanidad. No solamente la historia es el lugar donde Dios se revela, sino también donde ocurre la salvación. Ante esto afirma el teólogo católico y actual Papa Emérito Joseph Ratzinger que

La salvación viene a través de la historia, que por eso ofrece también la forma inmediata de lo religioso. La historia es salvadora y ofrece a la existencia su verdadera esencia (y no su alienación), porque esta historia está divinamente fundada y precisamente en la recepción de lo histórico se hace presente lo suprahistórico y eterno (Ratzinger, 1972:14-15).

Como los distintos acontecimientos que han ocurrido y que de alguna forma son reconstruidos por la memoria de la ciencia histórica, es que entonces podemos preguntarnos, a raíz de la importancia que tiene la historia – como ciencia – para la teología: ¿Es la historia la que entrega un sentido a la teología o es la teología la que brinda un sentido a la historia?

Por último, antes de comenzar conviene indicar para no generar confusión que el concepto de historia será empleado en dos acepciones: por una parte para referirnos a la ciencia histórica o “historia-ciencia” como la presenta en una oportunidad Blondel para distinguirla de la otra acepción, que corresponde a la de “historia-realidad”, es decir, al acontecimiento o hecho histórico.

La crítica de Blondel al historicismo

Durante el siglo XX predominó en Europa una corriente filosófica al interior de la ciencia que fue el positivismo. Una tendencia que consideraba solamente el dato positivo, es decir, aquello que podría contrastarse mediante la experiencia, y que estaba sujeto a la comprobación del método científico. Fue así como llegó a desarrollarse en la historia como una de las recientes ciencias sociales nacidas en el mismo siglo, el historicismo, a quien Blondel analizó y criticó junto al extrinsecismo (Blondel, 2004:86-97), como dos posturas incompletas e incompatibles que habían sido empleadas por algunos teólogos en su intento por abordar la relación entre la historia y los dogmas de fe. O mejor dicho entre los hechos históricos y las creencias religiosas, con el objetivo de desentrañar cómo es que puede surgir la fe a partir de un hecho o un conjunto de hechos, tratando de interpretar desde los hechos a la fe.

Algunos empleaban el historicismo para hacer apología de los dogmas, puesto que “si lo sobrenatural está en alguna parte, es en las realidades de la historia” (Blondel, 2004:93). Pero ante esto Blondel vio el riesgo del historicismo¹, puesto que éste no buscaba el ser real de tales hechos, sino más bien una ideología que obedeciera al positivismo. Esto repercutió en que incluso en los mismos dogmas cristianos se ponía mayor énfasis en la historia en la cual surgieron los dogmas (Blondel, 2004:94), que en ellos mismos. Por esta razón es que Blondel identificó cuáles eran esas lagunas filosóficas del historicismo, junto con sus falsos principios, insuficiencias y peligros de su apologética.

De ahí que la primera laguna que expone y critica es con respecto a la confianza que algunos exigen en el testimonio de la historia de una manera ciega, al punto de atribuirle una “fuerza irresistible de convicción cristiana” (Blondel, 2004:96). Ante esto Blondel sostiene que como toda ciencia, la historia tiene una consistencia ciega y una autonomía relativa, lo que genera ciertas interrogantes, como por ejemplo qué postura tomará el historiador ante los hechos cristianos; si puede ignorar los problemas dogmáticos y apologéticos; y si es que la trama de la historia crítica soportaría el peso de la antigua fe y la riqueza del dogma (Blondel, 2004:95).

Además pareciera ser que la historia no es crítica consigo misma cuando se requiere que sea capaz de juzgar su propio conocimiento. Dado que la crítica

¹Para Blondel el historicismo es esa tendencia de la ciencia histórica de querer encausar todo acontecimiento de acuerdo a leyes del devenir histórico. El historicismo plantea que hay que acudir a los hechos mismos para que éstos nos muestren su ser real y no una idea estrecha y predeterminada.

que una ciencia haga a su propio saber es esencial para tomar conciencia de sus limitaciones. Así lo expresa Blondel: “el científico es dueño de su materia sólo en la medida en que tiene plena conciencia de sus límites, de sus puertas de entrada y de salida, de sus servidumbres activas y pasivas” (Blondel, 2004:96).

Por otra parte, Blondel muestra que el historiador no es totalmente independiente, pues siempre está dependiendo de otras disciplinas auxiliares. De ahí que la autonomía de la ciencia histórica no sea absoluta, sino relativa, puesto que no se basta a sí misma. Es más, debe mucho a otras ciencias, y aún con los aportes que reciben de ellas no logra conseguir conclusiones doctrinales que abarquen la realidad. Solamente puede llegar a sobreponerse al resto de las disciplinas una vez que se convierte en una cosmovisión (Blondel, 2004: 97).

Nuestro autor pone como ejemplo la doctrina aristotélica de la clasificación de las ciencias para dar cuenta, tanto de los principios propios de cada ciencia como de los objetos de estudio distintos, aportando desde la diferencia, su porción de vida real y de verdad absoluta. En el caso del historiador sucede exactamente lo mismo, porque su teoría histórica elaborada particularmente por él, ofrece un aporte a la vida real y a la verdad absoluta de dicha ciencia, donde son los otros quienes deben acomodarse a las conclusiones, y cuando llega a contradecir otros planteamientos, eso no importa, “porque si los hechos son lo que dice que son, no hay contradicciones que valgan” (Blondel, 2004:98).

No obstante, Blondel presenta una reciente concepción –esto es de su época a comienzos del siglo XX– de la relación entre las diversas ciencias y su supuesta autonomía, porque más allá de que algunas exijan a otras subordinación de algún tipo, es necesario que exista una solidaridad compartida de sus resultados, comprendiendo que cada una realiza un aporte a la existencia “en función de la actividad total del espíritu y de los datos solidarios de las diversas ciencias” (Blondel, 2004:98). Esto continúa en vigencia, puesto que en la actualidad los distintos saberes deben contribuir en la construcción de la verdad, donde cada ciencia tiene algo que decir y ofrecer.

Volviendo al tema anterior sobre la subordinación, la única que puede haber es con respecto a los problemas fundamentales y a sus posibles soluciones, además de una continuidad y solidaridad en el trabajo del espíritu, junto con una heterogeneidad de los puntos de vista y de los alcances de las afirmaciones de las distintas ciencias. Una vez que se cumpla todo lo anterior, ninguna ciencia se sentirá con el derecho de poseer para sí la absolutez de su campo del saber ni mucho menos se mostrará contradictoria al resto, dado que ninguna

ofrecerá nada último (Blondel, 2004:99), pues todo contribuirá parcialmente a la resolución de aquellas problemáticas, y a la verdad absoluta que ninguna posee, pero a la cual todas aportan.

El espíritu crítico del historiador será inofensivo si decide permanecer solitariamente en sus investigaciones tratando de resolver por su cuenta determinadas problemáticas, si es que logra resolverlas, porque lo más probable es que no lo logre, aunque siempre tenga algo que decir sobre el ser humano, nunca tendrá la última palabra (Blondel, 2004:99). Pues para que así sea tiene que necesariamente interactuar con otras ciencias como la arqueología, la antropología e incluso y para nuestros propósitos, con la teología.

La noción de historia que ha desembocado en historicismo y que precisamente Blondel está criticando es “todo lo que, en la vida de las sociedades humanas, es materia de comprobación o testimonio, y todo lo que, con esos datos como base de inducción, es explicación del fieri de la humanidad, determinación de leyes de su movimiento continuo y continuado” (Blondel, 2004:99). De acuerdo a tal entendimiento de la historia, el historiador es un perpetuo continuador de remotas y desaparecidas épocas que pretende reconstruir. Olvida o desconoce que, todo lo que pasa bajo la lupa de su lente no son más que manifestaciones observables que él trata de juntar y acomodar, buscando coherencia interna en planteamientos parciales, sin poder proporcionar una explicación total y suficiente de muchos detalles que son imprescindibles para la comprensión de los fenómenos históricos. Esto sucede porque el historiador no ve, pues se le escapa, la realidad espiritual de la cual los fenómenos históricos no representan ni agotan toda la acción (Blondel, 2004:100) de sus participantes.

El historiador no puede abordar los hechos desde una perspectiva puramente histórica, porque también se presentan problemas psicológicos y morales no menores que tienen que ser considerados; aspectos relevantes e inmanentes que componen los acontecimientos. Esta es la razón por la que la historia, pero esa historia real y acontecida alguna vez y de la cual el historiador pretende ser un perpetuo contemporáneo, se constituye principalmente de vidas humanas, y “la vida humana es metafísica en acto”. (Blondel, 2004:100-101).

La historia que el historiador quiere “comprobar”, no es otra cosa que una construcción o reconstrucción poética y coherente de un pasado inalcanzable, sobre la que realiza su interpretación, la cual no es plenamente objetiva o neutral, pues intervienen “sus creencias, sus ideas metafísicas, sus soluciones religiosas, [que] condicionan todas las investigaciones” (Blondel, 2004:101).

Otro filósofo que criticó el historicismo fue Karl Popper, para quien:

[...] en las ciencias sociales es aún más obvio que en las ciencias naturales que no podemos ver y observar nuestros objetos antes de haber pensado en ellos. Porque la mayoría de los objetos de la ciencia social, si no todos ellos, son objetos abstractos, son construcciones teóricas. (Incluso la “la guerra” o “ejército” son conceptos abstractos, por muy extraño que eso suene a algunos. Lo que es concreto es las muchas personas que han muerto, o los hombres y mujeres de uniforme, etc.). Estos objetos, estas construcciones teóricas usadas para interpretar nuestra experiencia, resultan de la construcción de ciertos modelos (especialmente de instituciones), con el fin de explicar ciertas experiencias –un método teórico familiar en las ciencias naturales donde construimos nuestros modelos de átomos, moléculas, sólidos, líquidos, etc. Esto es parte del método de [...] deducción a partir de hipótesis (Popper, 1994: 150).

Toda ciencia realiza abstracciones. Sus teorías y sus hipótesis son fiel reflejo de aquello. Sin embargo, algunas de ellas, en este caso la historia, olvida ser ella misma una abstracción de la realidad de la que intenta dar cuenta, lo cual representa un problema, porque

Mientras una ciencia sea consciente de ser una abstracción solidaria de un pensamiento y de una vida, de los que se alimenta a su vez para elaborarlos, será útil y legítima. Pero en cuanto esa abstracción pretende aislarse como abstracción: tan pronto como a partir de su independencia en las investigaciones que le son propias, la ciencia concluye en una especie de suficiencia, entonces erige de forma fraudulenta un simple método de trabajo en doctrina negativa y tiránica (Blondel, 2004:102).

Blondel critica también el hecho de que el historiador quiera permanecer en una humilde comodidad, sosteniendo que no invadirá otros terrenos del conocimiento que no le competen, que como admira y respeta a quienes elaboran otro tipo de estudios, no se cruzará con ellos para no atentar contra su libertad investigativa. Esto porque tal estado de reserva, conlleva consciente y/o inconscientemente a una suplantación total. Con ello Blondel reprueba la

manera en que la ciencia histórica comprende la historia, pues se olvida de un aspecto muy importante: que la historia que reconstruye es una historia-ciencia y no es la verdadera historia-realidad. Así lo expresa el filósofo:

“la historia técnica y crítica”, en el sentido exacto y científico de la expresión, no es “la historia real”, el sustituto de la vida concreta de la humanidad, la verdad histórica completa. Y entre estas dos historias, la que es una ciencia y la que es una vida, la que proviene de un método fenomenológico y la que tiende a representar una realidad sustancial, hay un abismo (Blondel, 2004:102).

Pese a todo intento de la ciencia histórica por reconstruir fidedignamente el pasado, dicha reconstrucción no se corresponde con lo que realmente aconteció, es decir, por más que pretenda alcanzarlo, la ciencia histórica no llega a la esencia misma del hecho histórico que describe e interpreta. Su edificación de la realidad, técnica y crítica, no se toca con la realidad misma acontecida, puesto que entre ellas hay una distancia abismante que las separa. Y es precisamente lo que hace el historicismo que critica Blondel: esa alternación de la historia-realidad por la historia-ciencia.

Lo anterior constituye el meollo del asunto, sobre el cual nos atenderemos para responder la interrogante inicial de si la historia en cuanto ciencia es quien brinda sentido a la teología o si es la teología la que otorga sentido a la historia.

La teología como fuente de sentido para la historia

El quehacer teológico es una actividad que tiene como propósito hablar sobre Dios (Macquarrie, 1974:11), pero no es un simple hablar de la divinidad en términos coloquiales, sino con contenido. Un hablar que implica también una reflexión de por medio, por lo que no solamente en la teología importa la fe, sino también la facultad para razonar que es la que conlleva a la reflexión.

Como veíamos anteriormente, la ciencia histórica suele caer en historicismo cuando sostiene que su versión de los fenómenos o acontecimientos históricos determinados son reales, cuando en verdad no son más que su reconstrucción parcial y científica, sin afectar ni tocar en lo más mínimo la historia misma que pretende abordar. Ante esto la solución, si es que se le puede llamar así, puede provenir desde la teología. ¿De qué manera? De la manera en que la teología surge de la experiencia humana ante lo divino, desde

aquella experiencia de fe, que incluso es una experiencia comunitaria o social más que individual.

Una teología que nace al interior de un contexto, primeramente histórico, y también político, socioeconómico, cultural, religioso. Teología que se da en la historia (concebida como acontecimiento), necesita de ella. Sin la historia la teología no sería tal, porque cada época va determinando una manera de pensar y de reflexionar teológicamente. Cada periodo histórico ofrece al pensamiento teológico problemáticas y desafíos con los que se enfrenta la Iglesia en tanto institución, sea en lo eclesiológico, cristológico, soteriológico, escatológico o en lo pastoral.

Por lo tanto podemos afirmar que la teología necesita de la historia, precisamente porque la historia es un lugar teológico, en ella aconteció la revelación de Dios, siendo el acontecimiento Cristo el punto culmine de la revelación. Además, es en la historia donde han tenido lugar los “signos de los tiempos”, es decir, aquellos acontecimientos que guardan relación con el Reino de Dios en una perspectiva escatológica.

Ante esto el teólogo chileno Antonio Bentue señala que “la historia es así un lugar teológico; de manera que donde está un hombre oprimido y está la inquietud y la lucha por superar esa opresión, está cerca el reino de Dios” (Bentue, 2001:233).

Frente a lo anteriormente señalado, y tomando en consideración que la ciencia histórica como sostiene Blondel, no alcanza a “tocar” la verdadera historia-realidad, llegamos a sostener que la teología puede aportar a la comprensión histórica esos “detalles” espirituales que la historia no logra percibir. Por consiguiente, la teología podría constituirse en una fuente de sentido para la historia, ayudándole a desentramar los acontecimientos y a poder reconstruirlos en su interpretación de los hechos. Dicho en otros términos: la ciencia histórica necesita de la teología.

El filósofo y psiquiatra alemán Karl Jaspers en su obra *Origen y meta de la historia* (1949), plantea que la humanidad tiene un origen único y una meta final (Villarino, 2009: 179). Ahora dicho origen puede ser alcanzado objetivamente, aunque no reconstruido en su totalidad por la ciencia histórica, en cambio, resulta imposible para la misma ciencia histórica fijarse una meta final, pues desconoce el futuro. Éste le es incierto, por más que trate de predecirlo encontrando ciertas leyes que parecieran dirigir el curso de la historia (como lo hace el historicismo).

En lo que respecta a la historia, como ella no puede darse a sí misma una meta porque ésta se encuentra ligada a un futuro que no puede conocer ni mucho menos acceder, resulta ser que la teología se constituye en este aspecto en una fuente de sentido. La teología puede brindar una dirección a la historia; una meta, la cual sería posible en un porvenir esperanzador bajo la noción escatológica del Reino de Dios.

El hecho que la “historia-realidad” no pueda darse a sí misma una meta final, implica una de sus limitaciones. Como se señaló anteriormente, la historia en tanto historia-ciencia, que si bien puede apoyarse en documentos antiguos para reconstruir un pasado con cierta objetividad, no alcanza a ver aquellos elementos espirituales, esto es, aquellos aspectos que tienen que ver con la vida misma de los personajes involucrados. Aquí es donde la teología puede colaborar – tanto a partir de la escatología – dado que “las promesas escatológicas ya están presentes y actuantes en la historia” (Martínez, 1987: 146), como también mediante la antropología teológica, la cual parte reconociendo el estado caído del ser humano, quien es dignificado y redimido por la gracia divina, una vez que parte de “Palabra de Dios respecto al hombre, contenida en las fuentes de la revelación” (Meis, 2013:56).

Al respecto de las promesas escatológicas, una de ellas es el Reino de Dios anunciado por Cristo, una promesa con la que ya contamos, puesto que se ha venido dando, pero no es su plenitud, y que pone una de las tantas metas escatológicas: la liberación del ser humano. Liberación que no sería total, sino más bien parcial debido al pecado. Por esto es que sostiene Felicísimo Martínez:

toda meta histórica está afectada aún por el pecado y está a la espera de una consumación plena. Los hechos históricos liberadores son crecimiento del Reino de Dios en la historia, pero no son la llegada definitiva del Reino de Dios (Martínez, 1987: 148).

El teólogo protestante alemán Jürgen Moltmann nos recuerda las promesas que tenía el antiguo Israel, las cuales se daban en la historia, y de este modo otorgaba un sentido último a los acontecimientos. Sentido que pasó posteriormente al cristianismo, pues también las promesas dadas por Cristo, tales como el Paráclito y la Parusía, condicionan y/o determinan un sentido histórico. El evangelio de Juan (14-16) da cuenta de la promesa del Paráclito, Espíritu Santo o Espíritu de la verdad (16,13), con la finalidad de *enseñar* (14,26), *dar testimonio* (15,26), *convencer* (16,8). En cambio en los evangelios sinópticos de Mateo, Marcos y Lucas se aprecia la promesa de su venida o parusía al final de

los tiempos (Mc 13,3-13; Mt 24, 3-14 y Lc 21, 7.28). Así lo expresa el evangelio de Marcos: “Y entonces verán al Hijo del Hombre que viene entre las nubes con gran poder y gloria” (13,26).

El sentido que tendría la historia se muestra en el hecho de que las promesas que fueron acogidas en el pasado, se mantienen, actualizan y configuran como tales para el futuro, brindando esperanza. Además que dichas promesas impedirían que los acontecimientos históricos se conciban conclusivamente. En relación a lo anterior, Moltmann afirma que:

Cuando la promesa es algo que excede y rebasa, los hechos históricos no pueden ser considerados nunca como procesos conclusos en sí mismos, que han tenido su tiempo y que pueden mostrar su verdad a partir de sí mismos deben ser entendidos, por el contrario, como estaciones en un camino y como momentos en un proceso que siguen adelante. Por ello, los acontecimientos recordados “históricamente” de este modo no tienen ya su última verdad en sí mismos, sino que la reciben de la meta de la promesa de Dios, de esa promesa que nos ha sido hecha y que debemos aguardar. Pero entonces los acontecimientos reducidos así a experiencia, en cuando acontecimientos “históricos”, nos proporcionan un vislumbre del futuro prometido (Moltmann, 1968: 140).

Como se puede apreciar, la historia en sí misma y por sí misma no tiene una dirección, una meta, un sentido. La ciencia histórica puede tratar de encausar los acontecimientos y ofrecer en sus interpretaciones, tales aspectos únicamente de manera provisoria y no definitiva ni plena. La historia-ciencia intenta de explicar las crisis, ya que es experimentada como tal, y esto viene ocurriendo para Moltmann desde la revolución francesa (Moltmann, 1968:301), por parte de historiadores, filósofos de la historia y sociólogos.

Siguiendo a Moltmann (1968), el hecho de que la ciencia histórica procure dominar la historia-realidad positivamente, impide que le encuentre un sentido. He aquí su crítica:

La ciencia histórica se convierte en este modo en un instrumento para dominar la historia [...]. La historia como ciencia adquiere así la tendencia a diluir la historia como recuerdo. Este historicismo como “ciencia de la crisis”, y en cuanto ciencia, como medio salvador contra la crisis posee con ello la tendencia a aniquilar el interés y el sentido para la historia (307).

Algunas conclusiones

Si bien la historia en tanto ciencia de los fenómenos histórico-sociales, mediante la lectura hermenéutica que hace de ellos puede comprender los mismos, dicha comprensión no implica la determinación de un sentido final de los procesos ni de los hechos, ni mucho menos sobre el fin de la historia. Siguiendo a Blondel podemos afirmar que la teología contribuye a dar un sentido escatológico y soteriológico a la historia en general y quizás podría hacerlo también con algunos acontecimientos (profanos) importantes que han tenido lugar en la historia de la humanidad. Por lo tanto, lo que queda por hacer es acordar instancias en que la ciencia histórica junto con la teología, en tanto ciencias facultadas para interpretar la realidad desde su propia óptica, interactúen y dialoguen aún más. Puesto que como se ha venido mostrando en el presente trabajo, finalmente es la teología la que podría dar un sentido a la historia, porque ésta última de por sí no puede pronosticar un futuro con sentido, ni mucho menos “salvar” sus interpretaciones. Si efectivamente quiere amparar su hermenéutica requiere de una teología que proporcione salvación, lo cual es posible porque la ciencia teológica mediante la escatología siempre apunta a un futuro mejor o esperanzador. Sólo así la historia puede tener un sentido salvífico, en tanto esperanza.

La forma en que la teología puede brindar sentido a la historia es a través de la fe, puesto que con la fe como elemento constituyente, la teología es capaz de anticipar el futuro, entregándose a Dios y su futuro, y todo lo que puede esperarse y temerse de dicho futuro, por ende lo que termina ocurriendo es que la fe se transforma finalmente en esperanza (Welte, 1981:183).

Esperanza que la “historia-realidad” no puede dar, pues en ella como sostiene Blondel, y como ya se mencionó más arriba, los acontecimientos históricos no se dirigen a ninguna parte y no contienen en sí mismo un propósito o sentido. Y como la “historia-ciencia” no alcanza a vislumbrar el “espíritu” que contienen los hechos históricos, puede ser entonces el turno de la teología cristiana de proporcionar un sentido, que abarque no solamente a la ciencia histórica, sino además a los eventos ocurridos en la historia de la humanidad.

Para finalizar diremos que buscar el sentido a la propia existencia es estar buscando una esperanza a la cual aferrarse, una esperanza en la vida que “es al mismo tiempo esperanza en Dios, esperanza en tener comunidad con él” (Nocke, 1984:189). De ahí que la fe cristiana sea precisamente esperanza, la cual contribuye a ver la “historia-realidad” con un sentido, tal y como lo afirma

Polkinghorne: “a pesar del dolor y el sufrimiento constatables en el mundo, hay una profunda intuición humana que asegura que al final todo saldrá bien, que en última instancia la historia tiene sentido” (Polkinghorne, 2000:121).



Bibliografía

- BENTUE, ANTONIO. (2001). *La Opción Creyente*. Santiago de Chile: Editorial San Pablo.
- VV.AA. (1999). *Biblia de Jerusalén*. Bilbao: Desclée De Briwer.
- BLONDEL, MAURICE. (2004). *Historia y dogma*. Madrid: Ediciones Cristiandad.
- GUTIÉRREZ, GUSTAVO. (1982). *La Fuerza Histórica de los Pobres*. Salamanca: Sígueme.
- MACQUARRIE, JOHN. (1974). *God-Talk. El Análisis del Lenguaje y la Lógica de la Teología*. Salamanca: Sígueme.
- MARTÍNEZ, FELICÍSIMO. (1987). *Movimientos Teológicos Contemporáneos*. Santiago de Chile: Orden de los Predicadores.
- MEIS, ANNELIESE. (2013). *Antropología Teológica. Acercamientos a la Paradoja del Hombre*. Santiago de Chile: Ediciones UC.
- MOLTMANN, JÜRGEN. (1968). *Teología de la Esperanza*. Salamanca: Sígueme.
- NOCKE, FRANZ-JOSEF. (1984). *Escatología*. Barcelona: Herder.
- POLKINGHORNE, JOHN. (2000). *Ciencia y Teología. Una introducción*. Santander: Sal Terrae.
- POPPER, KARL. (1994). *La Miseria del Historicismo*. Madrid: Alianza.
- RATZINGER, JOSEPH. (1972). *Teología e Historia. Notas sobre el dinamismo histórico de la fe*. Salamanca: Sígueme.
- VILLARINO, HERNÁN. (1972). *Karl Jaspers. La comunicación como fundamento de la condición humana*. Santiago de Chile: Mediterráneo.
- VON RAD, GERHARD. (1960). *Teología del Antiguo Testamento*. Salamanca: Sígueme.
- WELTER, BERNHARD. (1981). *Filosofía de la Religión*. Barcelona, Herder.
- (1984). *¿Qué es Creer? Ideas para una filosofía de la religión*. Barcelona, Herder.

